



FERNANDO SUAREZ



ADOLFO SUAREZ



A. GARRIGUES W.



J. GARRIGUES W.



FELIPE GONZALEZ



RAUL MORODO



S. CARRILLO



R. TAMAMES

EN EL PORTAL DE BELEN LAN-DABURU

En el portal de Belén hay un gato negro y un portero de gris y un zambombo con una zambomba. El zambombo toca la zambomba y canta para ver si así le dan una sopita en el Auxilio Social. El portero está muy contento: el letrero de «no funciona» del ascensor funciona estupendamente, y los del tercero le han dado mil pesetas de pascuas. Pasa majestuoso un negro acorazado del Parque Móvil que hace saltar hielos y barros, de los cuales se ponen hasta el codo el portero y el zambombo. El gato se salva por pelos de la inundación, con un salto felino y una blasfemia bronca. El portero se sacude el ceno, embarrándose más y poniéndose las gafas perdidas, porque lleva gafas.

—Girón sí que está bien —dice el portero.



El zambombo de la zambomba responde con entusiásticos frotamientos de caña que hace temblar el pellejo y una música de tam-tam estremece el portal hasta la médula de las flores secas en caldero que adornan la entrada junto al sofá chester.

—Menudos éramos los de la Bandera de Castilla... —el portero

se quita las gafas y chupa un cristal para quitar el barro—. Se me ha venido a las mientes todo aquello, bonito que era, leyendo lo que han dicho en las Cortes doña Belén y ese señor Peralta España, que era subsecretario... Pero ese señor Peralta luego se ha desdecido, ha salido con que le parece bien... No sé, no sé...

El gato jugaba a entrar y salir provocando locos movimientos de la célula fotoeléctrica abrepuertas.

—Quita de ahí, asqueroso, que entra frío, y, además, va a salir doña Belén para irse a trabajar en la política... Y tú, ponte más lejos y toca bien la zambomba, que nos jugamos el aguinaldo... Venga, que me parece que ya baja... Que sí, que sí, venga, dale, venga... En el portal de Belén han entrado, buenos días, señorita, felices Pascuas, han entrado los ratones, y al bueno de don José le han roído los calzones, gracias, señorita, lárgate, gato asqueroso. ■ RECOLE-TOS.

va a ser? Porque es guapo el muchacho. El Poder tiene metido entre ceja y ceja el destino imperial de hacernos olvidar a los españoles que don Manuel Azaña era horroroso. Por eso el profesor Tierno no ha tenido todavía su **chance**, que escriben los columnistas del corazón democrático. Y por eso, nada más que por eso, la tienen tomada con el Partido Comunista. Será lo que sea, lo que diga Madrid del Cacho y el cacho de Madrid que aún no entiende estas cosas, pero Santiago Carrillo no es precisamente guapo. Por eso dicen que el Partido Comunista es totalitario: porque Carrillo no tiene sexy. Si Carrillo fuera solamente la mitad de guapo que Tamames o Solé Turá, ya mismo le estaba Cantarero del Castillo proponiendo que se integrara en el sistema y en la cosa constituyendo, por ejemplo, la «Asociación García Quejido» o la «Asociación Pepe Díaz», que los de Reforma Social son muy mirados y muy históricos para despachar descafeinado liofilizado.

Sexy, sexy es lo que le falta a la izquierda. El día que Robert Redford se apuntara al Partido Comunista de España, habríamos terminado con el evolucionismo, la ruptura, las reformas, la junta, la convergencia, la conferencia, la confederación y el superbunker. Porque como está visto y demostrado que en España las que mandan son las mujeres... ■ MORA.

¡PERO HOMBRE!
HABER NOS DICHO
QUE LA DEMOCRACIA
ERA ESTO Y
HABRIAMOS VENIDO
MUCHO ANTES



EL BUNKER: INTENTO DE DEFINICION

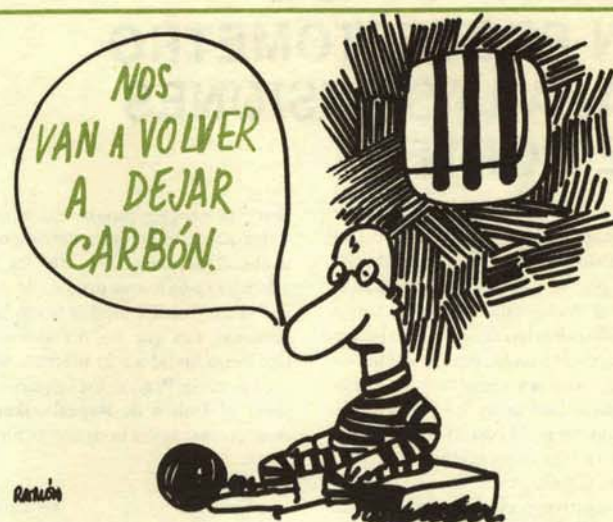
Tanto hablar del bunker, que si bunker por aquí, que si bunker por allá; hasta en la prensa del corazón se habla de él, que lo leí yo: «Mi corazón», decía el otro día en una de esas revistas una chica sensible, «es un bunker inexpugnable». Pero a mí que me parece que la gente ha entendido mal eso del bunker, porque piensan que es un reducto en el que hay que resistir hasta la muerte, vamos, sin salida como quien dice, algo así como un barco en alta

mar, que si se hunde se ahogan todos; este malentendido lo reforzó don Adolfo Hitler, que se construyó un bunker para morir en él, aunque esto, la verdad, los faraones egipcios (por cierto, «faraón» no significa «Rey» en egipcio antiguo, como creen tantos, sino «Casa Grande», «Far Ao», como si dijéramos ahora, y lo diremos, «Palacio dice esto», «Palacio manda lo otro») lo hacían mejor, porque se construían búnkeres para que les metieran en ellos después de muertos y hay en Egipto hasta un valle de búnkeres llamado el Valle de los Reyes.

Pero volviendo a los búnkeres, digamos, modernos, la idea del bunker es muy distinta: se trata de un reducto duro de pelar en el que hay que defenderse mientras llegan refuerzos o se reajusta la situación militar, pero del que hay que salir por piernas o manos en alto en cuanto se ve que los refuerzos no van a llegar y la situación se ha vuelto irreajustable y sólo quedan dos cartuchos, como quien dice que todos los

ministerios han sido ocupados por liberales peligrosos y las fuerzas de la verdad tardan en llegar. Normalmente, los búnkeridas rendidos se acogen a las convenciones ginebrinas sobre los derechos del prisionero de guerra y todo acaba más o menos bien. Lo malo, sin embargo, es cuando la misión del bunker se entiende mal y nadie se rinde, aunque la guerra esté perdida.

Entonces la mejor solución es dejar de sitiar el bunker y volver uno a sus cosas y el que está dentro ya saldrá o si no sale, pues eso, que no salga, porque no hay nada más desairado como un combatiente con quien nadie quiere luchar. Otra solución es la que apunta Iliá Ehrenburg en su novela «Julio Jurenito»: «dar a los búnkeridas plintos por cuenta del contribuyente para que se suban a ellos y posen ante la admiración general ocho horas diarias, linterna en mano, por supuesto, con vacaciones pagadas, seguros sociales y hasta si me apuran trienios». ■ **JESUS PARDO.**



PERO SE MOVIA

CUANDO se sugirió al equipo de «Triunfo» que durante los cuatro meses de suspensión nos pasáramos a **HERMANO LOBO** comprendimos que en la Resistencia pasaban cosas así, que en todas las resistencias el principio motor ha sido moral y más o menos siempre se ha parecido al: **Pero se mueve del amigo Galileo Galilei, en paz descanse. Terminan ahora los cuatro meses de suspensión, día a día, a «Triunfo» nunca nadie le ha regalado nada y más de una vez le han quitado la cartera histórica en el tranvía del deseo, los triunfistas dejamos HERMANO LOBO y volvemos a casa. Mientras empaqueto mi máquina de escribir, una pesadísima y vieja Continental portátil, mis holandesas y esa botella de aguardiente de pera que siempre me acompaña para entonarme en el país del desentono, pienso en mi curiosa condición de viajero por revistas que se cierran o se abren, pero siempre por revistas al borde del abismo, única forma decente de ejercer el periodismo y el matrimonio.**

Recuerdo que en una época de paro forzoso, tras el cierre de la publicación en que trabajaba, un cierre que llegó de la mano de Fraga pocos meses antes de la promulgación de la ley de Prensa, tuve que llevar mis bártulos profesionales a una revista dedicada a la mujer, en el sentido más convencional del término. Allí escribí sobre lencería fina, ropa interior de señora y unos cuantos elogios sentimentales, como el dedicado a las gordas, en los que trataba de dar salida a una escritura de supuesta calidad, más un servicio a mí mismo que a los lectores, pues entonces no me daba el presupuesto para aguardiente de pera y necesito tres litros de vino tinto para empezar a sentirme a gusto. Pues bien, la revista la teledirigía un anglosajón céltico, y cuando publiqué mi **Elogio Sentimental de la Gorda**, el anglosajón se saltó por encima la autoridad de la directora de la revista y me sometió a un hábil interrogatorio:

—¿Es usted un terrorista?

—¿Por qué?

—En la era de la Shrimpton o de Twiggy, usted escribe un **Elogio Sentimental de la Gorda** que va a desorientar a nuestra clientela femenina.

—Hay gordas y gordas. Ya lo digo en el artículo. No se crea que a mí me gusta la venus de Willendorf.

—Usted es un terrorista cultural.

—No, señor. Soy un resistente cultural. Que no es lo mismo.

—Siga con los temas de ropa interior y déjese de elogios a las gordas.

Al día siguiente le entregué a mi directora un artículo titulado **Elogio sentimental del culo** y no volví a poner los pies en aquella revista.

—Y ¿a qué culos se refería usted, don Sixto?

Me pregunta Encarna, que ha asistido silenciosa a este monólogo en voz alta.

—Al de las gordas. ■ **SIXTO CAMARA**

